

Lo que enseña el Cine a las "estrellas"

"Para ser estrella de la pantalla, no basta con ser fotogénico. Las peripecias de un film obligan a menudo a los actores a desempeñar hazañas y actos que necesitan mucha destreza y gran entrenamiento. Así vemos a las estrellas, dedicarse a los deportes o desempeñar oficios para las necesidades del cine... Dos "vedettes" de la pantalla francesa, Jean Angelo y Suzy Vernon, han tenido a bien hablarnos de las proezas a que les ha obligado su categoría de estrellas".

JEAN ANGELO

Un auto descubierto espera a Angelo ante la puerta de su casa. Aprovechando la belleza y placidez de esta mañana dominguera de primavera, va a salir disparado, dispuesto a hacer los cien por hora, por esas carreteras. Excelente atmósfera para hablar de deportes...

—No he esperado a trabajar en el cine para practicar los deportes más diversos—me dice—. Montar a caballo, nadar, tirar armas, conducir automóvil, todo eso me es familiar hace mucho tiempo. Se debe ser deportivo antes de meterse a actor de cine. Y, si no temiera ser paródico, diría hasta que el deporte es un excelente aprendizaje para la profesión de «vedettes».

De todos modos... ¡no es tirando armas como usted ha aprendido a mantenerse bien ante la cámara!

—Pero ¡sí yo le asegurara a usted que eso influye mucho! Ser deportivo es ejercitarse en los reflejos, adquirir la seguridad, la precisión del gesto. También en el cine todo es «movimiento». Y, bajo la cegadora luz de los «sunlights», se debe saber, como en esgrima, mandar a sus músculos, obtener de ellos el gesto exacto que se necesita...

—¿No me dice usted nada de las proezas que ha llevado a cabo, o que se le han encomendado en sus films?

—No sé... conducir autos, batirme en duelo a espada, sable, pistola... nadar, bucear, tomar buques al abordaje. Montar a caballo, conducir un

«canot» automóvil... y eso es todo. La dificultad está en que los «metteurs en scène» pasan el tiempo pidiéndonos cosas que son prácticamente imposibles. Tan pronto nos obligan a batirnos a espada en un decorado muy pequeño, donde los adversarios no tienen espacio suficiente para revolverse, como nos hacen ir a galope tendido, por exigirlo así el film, sobre una carretera pavimentada, donde el caballo arriesga sus patas y el ginete, como es consiguiente, la integridad de su físico. Cuando rodaba la primera versión de «Monte-Cristo», el director me mandó que me zambullera desde algunos metros de altura. Como medida de previsión, fui a examinar de cerca el sitio donde debía «darme el baño». Era un lugar encantador, muy fotogénico y muy bien de luz. La única dificultad consistía en que apenas había cincuenta centímetros de profundidad y ningún nadador del mundo hubiera intentado zambullirse en aquel pintoresco lugar, a menos de que estuviera loco. En el cine siempre nos ocurren cosas parecidas, aventuras de este género.

SUZY VERNON

Esta gentil «star» es mucho, mucho más modesta. Para hacerle soltar una palabra se necesita tener más astucia que un indio siux. No quiere hablar de sí misma.

—No; yo no he aprendido nunca nada de extraordinario para rodar mis films, afirma en un tonillo tranquilo.

—Busque usted bien. En «Paris Girls», por ejemplo...

—¡Ah!, es verdad; tenía que rodar un asalto de esgrima. Eso me dió bastante quehacer. Durante ocho semanas estuve dando lección con un excelente esgrimista, con M. Flachat.

—¿Lo ve usted! Y en «Misión secreta», ¿no había cierto baile ruso?...

—En efecto—confiesa Suzy—. Pero eso no era muy difícil de aprender, y mucho menos si se tiene en cuenta que todos los comparsas eran rusos y podían aconsejarme. Para la «Novela de un joven pobre», por el contrario, tuve que ejercitarme en algo bastante más difícil: saltar obstáculos a caballo. No caí ni una sola vez; cal-

culé usted si estaré orgullosa. ¿Qué más he tenido necesidad de aprender? ¡Oh! Nada que merezca la pena o sea sensacional. Conducir auto, naturalmente, nadar, bailar... Para el film «Los culpables» tuve que aprender a conducir un yate. Me ensayaba en un lago de las cercanías de Berlín. Para «El último vals» tuve que dar pruebas de mis conocimientos de equitación. Pero, como estaba en Saint-Moritz y el suelo estaba helado, resultaba una equitación sobre hielo, que es bastante más difícil.

—¿Y aviación? ¿No ha hecho nunca este deporte?

Suzy abre enormemente sus grandes ojos, en los que se refleja el asombro.

—¡Sí; claro que sí! He rodado escenas de aviación en «Misión secreta». Y hasta me atrevo a asegurarle que debían ser muy peligrosas, porque me aseguraron en tres millones de francos.

Con todo lo que Suzy Vernon me ha contado, cualquier «star» de Hollywood se haría una publicidad sensacional. Pero ella no le ha pasado por la mente semejante cosa, lo que no deja de regocijarme sobremanera. Y es que yo la encuentro mucho más simpática así.

C. DORE

Preparativos

Nótase extraordinaria actividad en la Cinematográfica Verdaguer, S. A., ante la próxima campaña preparatoria de la temporada 1929-30. Las mejores producciones de la industria cinematográfica internacional son puestas «au pont», y en todos los sectores de la casa se observa el contento ante las adquisiciones verdaderamente soberbias con las que será posible a esta veterana entidad, proseguir, en el primer puesto, su labor en favor de los señores empresarios que la honran con su confianza.

Nombre de las cintas, artistas, directores y novedades sensacionales serán dentro de poco conocidas de nuestro público, siempre atento a las revelaciones que despiertan el entusiasmo por las sorpresas que reserva una temporada en que el cine se esfuerza con nuevas modalidades por conservar el favor del público.

Dos reportajes en un rincón del mundo

"La curiosidad del público ha llegado a ser insaciable. En cualquier lugar del mundo en que se desarrolla un acontecimiento de interés, inédito u original, quieren, no sólo conocer todos los detalles, gracias a la Prensa, sino verlos gracias a la pantalla, la una como complemento de la otra. Saber y ver: dos palabras terribles, para las que cada hora, cada segundo, en todas las latitudes, bajo los cielos abrasados de los trópicos, como a través de los inmensos páramos helados de los polos, en el mar, en los aires, los reporteros van a la busca y captura de noticias y los operadores en tras del documento.

El 12 de abril de 1927, John Dored, un reportero de «Paramount News» recibió en Riga un cable de Nueva York en el que se le ordenaba que saliera sin pérdida de tiempo para Spitzberg al encuentro de la expedición Nobile. Con la misma facilidad con que van ustedes a la calle y toman un taxi, él coge la cámara y la maleta, toma el primer tren que sale, atraviesa el golfo de Rigaentre Reval y Helsingfors, pasa a Abo, luego a Stockholm y de aquí a Oslo. Aquí se informa de los medios de comunicación de que puede disponer para efectuar su viaje. Provisto de todas las indicaciones necesarias, vuelve a tomar el tren hasta Frondhjem y luego un buque hasta Tromsø. En este puerto debe encontrar un pequeño buque, dedicado a la caza de focas, el «Mina», de sesenta toneladas, al que encontró en Oslo, se presta gustoso a llevarle hasta Spitzberg.

El 21 de abril leva anclas el «Mina» y abandona Tromsø, llegando, después de diez días de tormenta, a Port-Vert. El viaje ya estaba terminado, y ahora iba a empezar el reportaje. Oigamos al mismo Dored contar su odisea:

«De Port-Vert tuve que irme a pie a Green Harbour, donde se hallaba la estación de T. S. H. Después de haberme indicado con el dedo la dirección, el capitán me deseeó una buena suerte. Su tarea había termi-

nado; no tenía ahora más que esperar mi regreso. Para recorrer una milla y media, aproximadamente, con mi aparato a la espalda, tuve que invertir lo menos tres horas. Cuando llegué a la estación, estaba completamente agotado. Wilkins, que había sido prevenido de antemano de mi llegada a Spitzberg, me esperaba. El radiotelegrafista me entregó dos radiogramas en los que se me pedía que hiciera una entrevista con el capitán Wilkins y luego que volviera a Noruega lo más pronto posible.

Desde que le hablé de mi misión, Wilkins me declaró que no le era posible acceder a mi deseo, ya que así lo había tratado con otro competidor mío. Y luego, añadió:—«Evidentemente, yo no puedo impedir el que usted me filme; pero consítele que no pienso hacer absolutamente nada para facilitar su trabajo». —En ese caso—le dije—con facilidad o sin ella yo cumpliré mi cometido. La tarea será un poco más dura, pero yo obtendré un precioso documento. Wilkins me estrechó la mano y me dejó solo con mi resolución.

Estas múltiples idas y vueltas me habían costado más de dieciocho horas de marcha para recorrer alrededor de diez millas por un terreno cubierto por una espesa capa de nieve. Volví a partir de buena mañana. En el reposo, no había ni que pensar; el que se detiene o se duerme en estos parajes, es hombre muerto. La ley del Norte es caminar, y más caminar, sin descanso. Andaba, pues, y mientras esto hacía, iba combinando un plan. Oculto en una cabaña próxima a la estación pasaba horas enteras al acecho de Wilkins, observando sus raras salidas. Con el teleobjetivo conseguí filmarlo muchas veces, pero eso no era suficiente. Durante este tiempo mi competidor hacía lo que quería, lo que me enardecía sobre manera. La partida, sin embargo, no había terminado, quedaba todavía la «carrera de vuelta», que quizás me procurase ventajas y hasta el honor de llegar al primero. Durante el mismo tiempo el dirijible «Italia» había llegado a King's Bay. La misión era doble y no ha-

bía más remedio que hacerle frente. Mientras yo intentaba «cazar» a Wilkins, el «Mina», arrastrado por los hielos, se alejaba lentamente. No volvió más que al cabo de cinco días el tiempo preciso para permitirme alcanzar King's Bay, donde debía tomar las primeras «fotos» de Nobile en Spitzberg. En seguida me embarqué en el «steamer» «Hobby» puesto al servicio del general Nobile desde marzo y que volvía a Noruega. El 10 de mayo, el buque no había levado anclas todavía. Cuál sería mi asombro al ver a lo lejos a un hombre, que a través de la nieve se dirigía hacia nosotros. Era Wilkins que venía a solicitar del comandante del «Hobby» que le tomara a bordo con su piloto Eielson y su avión. El comandante aceptó. Durante la visita de Wilkins y Eielson a bordo, no perdí el tiempo; gracias a mi teleobjetivo y a unas cuantas estratagemas, obtuve «planos» satisfactorios de Wilkins. La suerte me sonreía, por fin. El mismo día, 10 de mayo, a las 10 h. 30 de la mañana, Wilkins, habiendo encontrado un lugar favorable para despegar, abandonaba Advent Bay, tomando resueltamente la dirección norte. Registré como es natural esta partida y al avión remontando las maravillosas montañas de nieve que circundan a Advent Bay.

Un poco antes de medianoche, Wilkins volvía después de haber volado por encima del círculo polar.

«Poco después, el avión era izado al puente del «Hobby», donde con toda tranquilidad pude dar las últimas vueltas a la manivela, proporcionando al mismo Wilkins ciertos documentos únicos sobre su magnífico vuelo de Pointe Barrow a Spitzberg.

»Quedaba todavía «el viaje de vuelta» como le llamaba John Dored. Lucha verdadera con el tiempo en la que era preciso ingeniárselas para llegar antes que el colega competidor a Nueva York. Empleando toda clase de estratagemas, utilizando buques, barcas de remo, automóviles, trenes y aviones, Dored llegó por fin a París, donde algunas horas después, adquirió la certidumbre, de que le lleva-

ARGUMENTOS DE PELICULAS

VENUS

La princesa Beatriz Doriani era guapa y rica. Una viudedad prematura habíala dejado propietaria y presidenta de una gran compañía de navegación, la «Doriani Lines»; pero la princesa tenía una confianza ciega en sus directores, y no hacía más que ratos actos de presencia en las oficinas de la Compañía.

Beatriz amaba el mar, los buques y, sobre todo, su yate «Venus», donde se daban fiestas suntuosas y que con frecuencia traspasaban la línea de la moral, llegando hasta el libertinaje.

Entre los muchos aspirantes a su mano, que suspiraban a su alrededor, el marqués Gilbert de Valroy era, sin duda, el favorito.

Una noche de fiesta, en las costas de Chipre, Beatriz no vaciló en resucitar a la Venus antigua, exhibiéndose en un acuplano. Así fué vista por todos sus invitados. Los pasajeros de un barco anclado en las proximidades, tuvieron también ocasión de ver a la «Venus» triunfante.

Entre esos pasajeros hallábase un tal Zarkis, que, con su compañera Marchetta, se dedicaba al vergonzoso tráfico de blancas.

Algún tiempo después, Zarkis halló base a bordo del «Semillante», un paquebot de la «Doriani Lines». El comandante del «Semillante», Franqueville, conocía el vergonzoso comercio a que Zarkis se dedicaba, por lo que le prohibió terminantemente que ejerciera su lucrativa y sucia labor a bordo.

Este cínico creyó conveniente retirarse en las narices.

—No acepto lecciones del criado de una mujer que es peor que la última de las jóvenes «alegres»...

El comandante Franqueville sintió que aquel ultraje le azotaba la cara como un latigazo.

Zarkis, complacido, contaba lo que

había visto en Chipre, desde el buque en que navegaba como pasajero.

Creyendo todo aquello una odiosa mentira, Franqueville se precipitó sobre él que creía un impostor. Se inició una durísima lucha y defendiéndose, el comandante castigó tan duramente a Zarkis, que en uno de los golpes cayó al mar. Cuando se en contró su cuerpo no izaron más que un cadáver.

El comandante Franqueville vió obligado a comparecer ante un consejo de disciplina, pero no intentó siquiera defenderse. Fué destituido de su empleo y arrojado de la Compañía. Beatriz sancionó su desgracia avalando el expediente de inhabilitación con su firma; sin leerlo siquiera, sintiéndose ni por casualidad que aquel «asunto de mujeres» habíalo originado ella.

Constantino Zarkis, primo hermano de la víctima, puesto al corriente de la verdad de este asunto por Marchetta, creyó sacar provecho del escándalo que podría provocar. Así se lo dejó entever a la princesa, que, intrigada, informóse del expediente incoado por su consejo. Adivinó que había truncado la carrera de un hombre honrado al que no había tenido ocasión de ver más que una vez, habiéndole causado una favorable impresión.

Se informó de la suerte de Franqueville y decidió ir a buscarle a Orán, en donde se había refugiado para ocultar su desgracia.

Constantino Zarkis había vuelto a verla antes de su marcha; reprochóla su desprecio y juró vengarse.

En Orán, por mediación de un amigo, Beatriz entró en relación con Franqueville, al que se hizo presentarse con un nombre falso.

Franqueville la conquistó en seguida por la nobleza de su carácter

y por la bravura que demostró en un accidente del trabajo ocurrido en los docks donde estaba empleado. También al joven le había cautivado la bondad de aquella mujer, pero cuanto más atraído se sentía hacia ella, más sufría al pensar la distancia que les separaba.

Una noche, y para que ella conociera todos los detalles de su vida, escribió una larga confesión de su verdadero crimen y de las circunstancias que lo habían provocado. Beatriz comprendió que era ella la verdadera culpable. Devolvió la carta a Franqueville, rogándole que perdona y olvidara...

Franqueville, no pensando más que en su dicha presente, desgaró la carta, pero los pedazos fueron recogidos por un detective a sueldo de Zarkis, que pudo de este modo enviar a éste una prueba irrecusable de la culpabilidad de aquél, que ahora hacía latir con pasión el corazón de la princesa...

Durante aquel tiempo, en París, Gilbert de Valroy encontraba la ausencia de la princesa un poco larga. No teniendo otra cosa mejor que hacer, fuése a Orán en busca del yate «Venus». Beatriz, prevenida de su llegada, fuése al yate y rompió con él. Pero Franqueville, por una casualidad, había sorprendido esta entrevista y había descubierto al mismo tiempo la verdadera identidad de la que tanto amaba.

¿Por qué la princesa había despedido ese papel en aquella odiosa comedia?...

Desalentado, decidió marcharse al Atlas en misión, con un médico árabe. Beatriz intentó verle, pero él la rechazó, indignado. Ella confesóle el amor que había sabido inspirarle... y él se rió...

De vuelta otra vez en la «Doriani

más serenos, igual que el emperador. En la estación esperaban dos trenes. La familia imperial, con los palatinos y parte de su servidumbre, ocuparon uno de ellos, dando guardia la primera compañía del regimiento de tiradores de la Guardia. En el otro tren, el resto de la servidumbre, los equipajes y la segunda y cuarta compañía de tiradores. El emperador, la emperatriz y el zarévitch, con el marinero Nagoruy, que le cuidaba, ocuparon departamentos distintos, y las tres grandes duquesas, otro.

Hubo unos adioses fríos. La emperatriz seguía llorando. El sol comenzaba a dorar la ciudad, todavía dormida.

Durante el viaje, no ocurrió ningún incidente. En algunas estaciones la familia imperial descendía. Sólo en una estación, en Vanka, la guardia roja quiso saber a quién conducía aquel tren especial.

—A los Romanof—les respondieron.

Indiferentes, se encogieron de hombros.

El día 17 de agosto, el tren imperial llegaba a Tiumen, y la familia imperial tomó el vapor «Russ», que debía conducirla, por el río, a Tobolsk. Al día siguiente, pasaba el vapor por frente Proko:kaye, el pueblo de Rasputín. La casa del «staretz», grande y blanca, se destacaba. Los emperadores y sus hijos, agrupados en cubierta, la contemplaban, llenos de tristeza, rezando por el alma de Rasputín.

El vapor «Russ», seguía navegando, y sobre él se extendía la profecía de Rasputín: «Cuando yo muera, morirá el imperio, y vosotros, seguiréis mi muerte».

Una preocupación sostenía al zar: el ejército, la disciplina del ejército y el frente. Para él, toda la vida y el honor de Rusia estaban en el frente y en la continuación de la guerra, porque si el frente se deshacía por la desbandada de los soldados, ello sería el deshonor ante los aliados y la anarquía en Rusia.

El rostro del ex zar estaba alegre o triste, según las noticias que de la guerra y del estado del ejército le daban. Su creencia en la eficacia de la autoridad máximamente aplicada y su sentimiento de la guerra justa, era lo que persistía en su alma de conductor de pueblo vencido. Aislados del mundo, desaparecida toda esperanza inmediata de una restauración, entregados a una vida monótona y cotidiana de cultivo en el parque y de lecturas, la sola cosa que ponía en la familia imperial una inquietud cambiante era la guerra, de la que, por los soldados, iban teniendo noticias.

Aun ésto les iba a ser quitado. El Soviet de Tsarkoieselo, extremaba su vigilancia en torno del Palacio, sugestionado, a su vez, por el Soviet de Petrogrado, siempre temeroso de un golpe de audacia monárquico que liberase a los zares. Kerensky había intentado la extradición de la familia imperial a Inglaterra, donde se había criado la zarina, pero el Gobierno inglés puso tantos distingos y reparos, que se desistió de ello.

Entre tanto, el soviét apretaba. ¿Por qué los ex emperadores permanecían en Palacio, aun cuando fuera en calidad de detenidos? ¿Por qué si sus servidores y gobernantes estaban presos en la fortaleza de Pedro y Pablo, no lo estaba la familia imperial? ¿Por qué ese régimen de benevolencia?

El Soviet pidió que los ex emperadores fuesen trasladados a la fortaleza de Pedro y Pablo. El Gobierno provisional se vió precisado a deliberar sobre el destino de la familia imperial.

—No podemos aceptar la proposición del Soviet—dijo Kerensky—porque exponemos a los ex emperadores a una tragedia probable y a un trato cruel, de vejámenes continuos, cierto. Hemos de procurar que la fortaleza de Pedro y Pablo no sea nuestro Temple y hemos de salvar las vidas de la familia imperial. El regicidio, no da, ni añade nada a la revolución. Si se hubiera comprobado su traición, sería forzosa la constitución de un tribunal, pero las diligencias de la Comisión Extraordinaria han probado que había una serie de gentes dispuestas a la paz separada y en inteligencia con Alemania, ellos, personalmente, deseaban la continuación de la guerra y la victoria de Rusia.

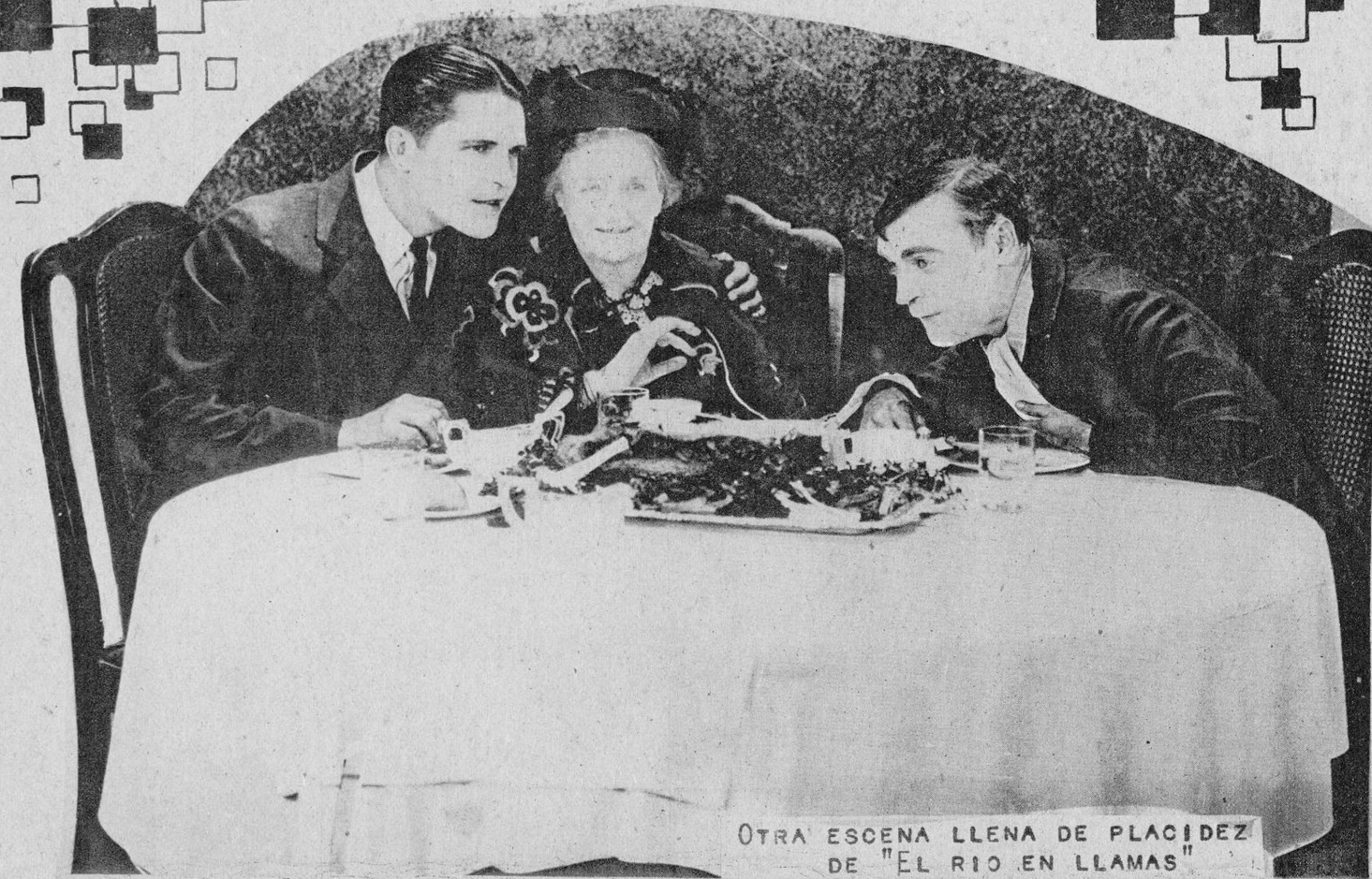
El jefe del Gobierno, príncipe Lvov, preguntó a Kerensky:

—Entonces, ¿qué hacer con ellos? Pensemos que como hubo en la revolución francesa las matanzas de septiembre, en la nuestra también puede producirse el drama en un momento de alucinación popular.

—Yo los enviaría a Crimea.

—Pero el tren tendrá que atravesar toda Rusia.

MALCONE MC. GRAGER, PAUDINE GARON Y MARY CARR EN LA INTERESANTE PELÍCULA "EL RIO EN LLAMAS" DE LAS EXCLUSIVAS GAUMONT.



OTRA ESCENA LLENA DE PLACIDEZ DE "EL RIO EN LLAMAS"



G W E N L E S

MOSTRÁNDONOS, PRACTICAMENTE, LA MANERA DE VIAJAR, A TRAVÉS DE LAS EDADES... MAS MODERNAS.

JVEVES CINEMATOGRAFICOS

DE
El Dia Grafico

NUM. 117
6 JUNIO 1929



CHARLES FARRELL

COLLEEN MOORE Y BILLIE DOWE

LAS DOS ARTISTAS MIMADAS DEL
PÚBLICO A LAS QUE EN LA PRÓ-
XIMA TEMPORADA VEREMOS EN
"SELECCIONES GRAN LUXOR VER-
DAGUER".



ALREDEDOR
DEL CINE

CHARLAS

En el entreacto dos amigas charlan:

—Es verdad, soy una sentimental, no lo niego; prefiero los films románticos, esos films que conmueven y hacen llorar. Cuando, por el módico precio de tres pesetas, llevo a sufrir toda una tarde, no me arrepiento de haber gastado el dinero; me considero la joven más dichosa del mundo.

—A mí no me gusta eso. Cuando lloro me hacen daño los ojos y las

líneas», recibió Beatriz la visita de Zarkis, que le enseñó la prueba escrita de la culpabilidad de Franqueville; quería obligar a Beatriz a que se humillara... y al mismo tiempo, incluso a que se deshonrara. Exigía que resucitase de nuevo en una fiesta que ofrecía a sus amigos la «Venus de Chipre».

Beatriz, para salvar a Franqueville, aceptó... Entonces Zarkis, después de haber tenido a sus plantas suplicante a aquella mujer, a cuya presencia temblaban todos, le aborrió el verdadero suplicio de que había hablado...

Devolvióle la carta acusadora y entonces ella no pensó más que en volver a encontrar y a reconquistar a Franqueville.

Volvióse a Orán, e internándose por el «bled», fuese hasta el corazón del Atlas, y estaba a punto de alcanzar a Franqueville. Llevaba una pequeña escolta para andar por aquellos peligrosos parajes. Llegaba ya cerca del campamento de Franqueville, cuando éste fué atacado por unos merodeadores del desierto.

En la batalla una bala alcanzó a Beatriz, hiriéndola en la espalda.

Llevaronla bajo la tienda de Franqueville. Este, ansioso, esperaba el veredicto del médico. «La herida no es grave—dijo éste—; la joven vivirá.»

En aquel momento Beatriz abrió los ojos y vió a Franqueville inclinado hacia ella... que hizo acopio de energía para pronunciar el nombre del joven.

En su crispada mano tenía la carta fatal; tendiósela a él, murmurando:

—¿Y ahora, crees en mí?

Acercóse Franqueville a la herida y un sonoro beso dióle la respuesta tan deseada.

lágrimas me echan a perder el «rimmel».

—También he de confesarte que tengo gustos muy personales. Pruebas: Charlie Chaplin, sin dejar de reconocer que es un gran artista, pues... me fastidia. Y de Harold Lloyd no hablemos... todavía no he comprendido las comicidades de ese hombre. No me hace reír aunque me haga cosquillas en las plantas de los pies. Consiento más bien en reír las gracias de Buster Keaton, a causa de su fiema y su impasibilidad... Te lo repito, mi preferencia va directamente a los films dramáticos, esos films que cortan la respiración.

—Entonces, ya sé cuál es tu ideal: Mary Pickford, ¿verdad?

—¡Ah! de ninguna manera. Hace ya demasiado tiempo que desempeña papeles de niña. Prefiero a Bebé Daniels o Colleen Moore. A estas no se les puede adivinar exactamente la edad. Por otra parte, ¿sabes lo que pienso? Que el arte cinematográfico es beneficioso a la salud. ¿No ves cómo los artistas, en general, rebosan salud y juventud? Cuando pienso que Mae Murray está próxima a cumplir cincuenta años y todavía la vemos desempeñando papeles de jovencita...

La sala ha quedado a oscuras. Las dos amigas continúan charlando, pero una ola de «psh.. psh» ahoga su conversación.

El que frecuenta las salas de cine y no observa al público, pierde la mita del espectáculo.

El público de cine es, en gran parte, un público competente y completamente distinto del que frecuenta los teatros.

En el teatro los espectadores no saben nada o casi nada de la vida de los actores y de los autores. Oyen la pieza teatral, y nada más. En el cine, por el contrario, el público está al corriente de todo. Conoce a las estrellas, sus vidas, las aventuras verdaderas que han tenido (y son numerosas), y las aventuras inventadas, que todavía son más; las interpretaciones, etc., etc.

Habla de las estrellas de Hollywood, de «poses», de metraje, de interiores, de trucos, de dólares; sabe que Norma Talmadge se sujetó a tres meses de tratamiento para adelgazar, cuando se preparaba a morir física en «La Dama de las Camelias».

No ignora tampoco que Charlot tiene cuarenta y nueve años y pico, y que se tiñe el pelo; que la preciosa Gloria Swanson no tiene más que un metro cincuenta de talla; que Menjou se pasa dos horas cada mañana dándose masaje en la cara, para impedir que sus cincuenta años traicionen su partida de nacimiento.

El arte mudo, dejará muy pronto de ser mudo. Las estrellas silenciosas pronto nos permitirán oír su voz. El silencio, que era de oro, deberá ceder ante la palabra que no se resigna a ser plata. Es una revolución; ya no se habla más que de eso. Pero, hablando muy bajito, y entre nosotras: en esta combinación de visión aliada con el sonido, ¿qué significado tiene la palabra «sincronismo»? Me da muy mala espina, antójase sospechosa.

En la sala a oscuras, se ven tipos únicos en su género. Hay espectador (casi siempre es una espectadora), que tiene la manía de leer en alta voz los títulos, literatura más o menos «fané», pero literatura, a fin y al cabo. ¡Qué delicia para los vecinos!

La espectadora lee, extasiada, perdida en el torbellino de sus bellezas estilizadas, mientras los vecinos protestan a más y mejor; pero la «apasionada» no cesa en su tarea. Continúa la lectura en alta voz... ¡Maldita sea la instrucción obligatoria!

Más gentiles son los espectadores (casi siempre ella y él), que, mientras la acción se desarrolla en la pantalla, quieren adivinar los acontecimientos.

—Te apuesto lo que quieras a que ella le abandona.

—¡Qué disparate!.. ¿No ves que le quiere con locura?

—Pero, ella le abandonará... precisamente por eso, porque le adora. adivinan nunca lo que va a pasar, y siempre os quitan el placer de lo imprevisto, de la sorpresa.

Son los impacientes de la vida, los que no pueden esperar, los que, siempre, apuestan con el destino. Y a menudo, se equivocan, naturalmente.

B. S.

(Del «Corriere della Sera»).

—La emperatriz madre la atravesó, sin peligro.
—No es lo mismo. Además, el contagio revolucionario puede llegar fácilmente a Crimea.

—Entonces, ¿a dónde?

—No sé, pero tendría que ser a una tierra lejana y segura.

Kerensky, permaneció un momento pensativo.

—Enviémoslos a Siberia, a Tobolsk, por ejemplo. Esto tendría la ventaja de aparecer ante los ojos del pueblo como una represalia. Los emperadores, siguiendo la misma ruta que los revolucionarios que ellos deportaban. Imaginémonos la complacida sensación que la noticia producirá. En Tobolsk, estarán tranquilos y seguros, por ser ciudad apartada de los grandes centros industriales, y estación que no es de tránsito.

El Gobierno decidió seguir los consejos de Kerensky, autorizando para que preparase la marcha de los ex emperadores a Tobolsk, extrimando la mayor reserva, para evitar lo que ya se había producido una vez con el intento de secuestro del zar por el coronel Maslovsky. Kerensky envió a Tobolsk una comisión, que volvió con un dictamen favorable.

Kerensky, cinco días antes del fijado para la partida, se presentó en Palacio, comunicando a la familia real que iban a ser alejados, para su bien, de Petrogrado.

—¿A dónde nos llevan?—preguntó el emperador.

—La marcha será el lunes, día 13—era el mes de agosto de 1917—, pero el sitio debo mantenerlo secreto.

El emperador emperador montó en cólera ante aquella reserva que creía innecesaria, pero Kerensky mantuvo firmemente el secreto.

Por la noche, reunida la familia imperial, convinieron en que seguramente les conducirían a Crimea, donde ya estaban la emperatriz madre y algunos grandes duques. Tal vez irían al palacio de Livadia, lleno de flores y junto al mar...

Al día siguiente recibieron la orden de que preparasen vestidos recios, para resistir el frío. No era, pues, Crimea, el sitio de su destierro. La sombra de Siberia, pasó, trágica, por las frentes. El domingo día doce, fiesta natalicia del zarévich, que cumplía trece años, les fué comunicado en secreto, por el coronel Kobylinsky, que iban, efectivamente, a Siberia, a Tobolsk. La salida sería a media noche.

Todos los preparativos se llevaron con un extremo secreto. Fuera de Kerensky y tres o cuatro ministros, no llegarían a media docena las personas que sabrían el traslado a Siberia de los zares. Estos eligieron entre la servidumbre los que habían de acompañarles. En conjunto, fueron cuarenta y cuatro los que compusieron la nueva corte prisionera. La mayor parte eran camareros,

criados, lacayos y cocineros. De Palacio no iban más que el general Tatishchev, el príncipe Dolgoruky, la condesa Anastaria Hendricova, la baronesa Karlovna, más los profesores. De todos los que brillaban, intrigaban, rodeando a la emperatriz, a la Virubova y a Rasputin, no quedaba nadie. O estaban detenidos, o no se acercaron, temerosos, a Palacio.

La noche del 14 de agosto, los regimientos de Tsarkoieslo seleccionaron los soldados que habían de dar guardia al tren de los desterrados. Kerensky inspeccionó los cuartelas. Por las calles se veían ya algunos grupos que acudían a las puertas de Palacio, atraídos por vagos rumores de la partida imperial. Unos camiones automóviles esperaban los bagajes.

El hermano del zar, el gran duque Miguel, que había renunciado al trono, llegó a Palacio para despedirse de su hermano Nicolás, previo permiso de Kerensky, que impuso la condición de presentarse a la entrevista, celebrándose ésta en el despacho del emperador.

Los dos hermanos se abrazaron, permaneciendo silenciosos y emocionados un largo rato. Luego, como las gentes que tienen prisa, rompieron a hablar precipitadamente, arrancándose las preguntas:

—¿Cuándo partís?

—Ahora. En seguida. A las doce.

—¿Y Alix?

—Bien.

—¿Y las grandes duquesas?

—Bien, también. Ya no quedan rastros de las enfermedades.

—Ten valor.

—Lo tengo. Confío en Dios.

—El, sin duda, ha querido castigar nuestros pecados.

—Yo acato su voluntad.

—¿Podría ver a tus hijos?

Kerensky hizo un gesto negativo:

—No puede ser. Es imposible prolongar estas escenas de adiós.

—Está bien. Tú, hermano, los abrazarás de mi parte.

Se despidieron. Se estrecharon más las manos que habían tenido siempre juntas durante la despedida. Aquel adiós, fué el último adiós. Los dos salían hacia la muerte.

El tren procedente de Petrogrado no llegaba, y Kerensky comenzaba a sentir inquietud, ante la posibilidad de que el Soviet, enterado, hubiese dado orden a los ferroviarios de no formar el tren. Al fin, el tren llegó, ya entrado el día.

La familia imperial y su pequeño séquito tomaron los autos que rodearon los coches del 33 regimiento báltico. La emperatriz, lloraba. Sus hijos, iban



SALLY PHIPPS,
DE LA WILLIAM FOX



CHARLES MORTON, DE LA WILLIAM FOX



CAMILA HORN, DE LOS
ARTISTAS ASOCIADOS,
LEYENDO LA CORRES--
PONDENCIA DE SUS AD--
MIRADORES.



RONALD COLMAN, QUE EN
LA PRÓXIMA TEMPORADA
INTERPRETARÁ FILMS DE
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

DOROTHY BURGESS Y
WARNER BAXTER, EN
UN PASO DE TANGO.



LA GENTIL ESTRELLA
VILMA BANKY
DE LOS
"ARTISTAS ASOCIADOS"



LUPE VELEZ
CON SUS DOS
FAMOSOS PERROS,
TAMBIEN DE LOS
"ARTISTAS
ASOCIADOS"



NUESTRAS ENCUESTAS

Lo que enseña el Cine a las "estrellas"

"Para ser estrella de la pantalla, no basta con ser fotogénico. Las peripecias de un film obligan a menudo a los actores a desempeñar hazañas y actos que necesitan mucha destreza y gran entrenamiento. Así vemos a las estrellas, dedicarse a los deportes o desempeñar oficios para las necesidades del cine... Dos "vedettes" de la pantalla francesa, Jean Angelo y Suzy Vernon, han tenido a bien hablarnos de las proezas a que les ha obligado su categoría de estrellas".

JEAN ANGELO

Un auto descubierto espera a Angelo ante la puerta de su casa. Aprovechando la belleza y placidez de esta mañana dominguera de primavera, va a salir disparado, dispuesto a hacer los cien por hora, por esas carreteras. Excelente atmósfera para hablar de deportes...

—No he esperado a trabajar en el cine para practicar los deportes más diversos—me dice—. Montar a caballo, nadar, tirar armas, conducir automóvil, todo eso me es familiar hace mucho tiempo. Se debe ser deportivo antes de meterse a actor de cine. Y, si no temiera ser paradójico, diría hasta que el deporte es un excelente aprendizaje para la profesión de «vedettes».

De todos modos... ¡no es tirando armas como usted ha aprendido a mantenerse bien ante la cámara!

—Pero ¡sí yo le asegurara a usted que eso influye mucho! Ser deportivo es ejercitarse en los reflejos, adquirir la seguridad, la precisión del gesto. También en el cine todo es «movimiento». Y, bajo la cegadora luz de los «sunlights», se debe saber, como en esgrima, mandar a sus músculos, obtener de ellos el gesto exacto que se necesita...

—¿No me dice usted nada de las proezas que ha llevado a cabo, o que se le han encomendado en sus films?

—No sé... conducir autos, batirme en duelo a espada, sable, pistola... nadar, bucear, tomar buques al abordaje. Montar a caballo, conducir un

«canot» automóvil... y eso es todo. La dificultad está en que los «metteurs en scène» pasan el tiempo perdiéndonos cosas que son prácticamente imposibles. Tan pronto nos obligan a batirnos a espada en un decorado muy pequeño, donde los adversarios no tienen espacio suficiente para revolverse, como nos hacen ir a galope tendido, por exigirlo así el film, sobre una carretera pavimentada, donde el caballo arriesga sus patas y el jinete, como es consiguiente, la integridad de su físico. Cuando rodaba la primera versión de «Monte-Cristo», el director me mandó que me zambullera desde algunos metros de altura. Como medida de previsión, fui a examinar de cerca el sitio donde debía «darme el baño». Era un lugar encantador, muy fotogénico y muy bien de luz. La única dificultad consistía en que apenas había cincuenta centímetros de profundidad y ningún nadador del mundo hubiera intentado zambullirse en aquel pintoresco lugar, a menos de que estuviera loco. En el cine siempre nos ocurren cosas parecidas, aventuras de este género.

SUZY VERNON

Esta gentil «star» es mucho, mucho más modesta. Para hacerle soltar una palabra se necesita tener más astucia que un indio siux. No quiere hablar de sí misma.

—No; yo no he aprendido nunca nada de extraordinario para rodar mis films, afirma en un tonillo tranquilo.

—Busque usted bien. En «París Girls», por ejemplo...

—¡Ah!, es verdad; tenía que rodar un asalto de esgrima. Eso me dió bastante quehacer. Durante ocho semanas estuve dando lección con un excelente esgrimista, con M. Flachat.

—¡Lo ve usted! Y en «Misión secreta», ¿no había cierto baile ruso?...

—En efecto—confiesa Suzy—. Pero eso no era muy difícil de aprender, y mucho menos si se tiene en cuenta que todos los comparsas eran rusos y podían aconsejarme. Para la «Novela de un joven pobre», por el contrario, tuve que ejercitarme en algo bastante más difícil: saltar obstáculos a caballo. No caí ni una sola vez; cal-

culé usted si estaré orgullosa. ¿Qué más he tenido necesidad de aprender? ¡Oh! Nada que merezca la pena o sea sensacional. Conducir auto, naturalmente, nadar, bailar... Para el film «Los culpables» tuve que aprender a conducir un yate. Me ensayaba en un lago de las cercanías de Berlín. Para «El último vals» tuve que dar pruebas de mis conocimientos de equitación. Pero, como estaba en Saint-Moritz y el suelo estaba helado, resultaba una equitación sobre hielo, que es bastante más difícil.

—¿Y aviación? ¿No ha hecho nunca este deporte?

Suzy abre enormemente sus grandes ojos, en los que se refleja el asombro.

—¡Sí; claro que sí! He rodado escenas de aviación en «Misión secreta». Y hasta me atrevo a asegurarle que debían ser muy peligrosas, porque me aseguraron en tres millones de francos.

Con todo lo que Suzy Vernon me ha contado, cualquier «star» de Hollywood se haría una publicidad sensacional. Pero ella no le ha pasado por la mente semejante cosa, lo que no deja de regocijarme sobremanera. Y es que yo la encuentro mucho más simpática así.

C. DORE

Preparativos

Nótase extraordinaria actividad en la Cinematográfica Verdaguer, S. A., ante la próxima campaña preparatoria de la temporada 1929-30. Las mejores producciones de la industria cinematográfica internacional son puestas "au pont", y en todos los sectores de la casa se observa el contento ante las adquisiciones verdaderamente soberbias con las que será posible a esta veterana entidad, proseguir, en el primer puesto, su labor en favor de los señores empresarios que la honran con su confianza.

Nombre de las cintas, artistas, directores y novedades sensacionales serán dentro de poco conocidas de nuestro público, siempre atento a las revelaciones que despiertan el entusiasmo por las sorpresas que reserva una temporada en que el cine se esfuerza con nuevas modalidades por conservar el favor del público.

HAZAÑAS DE UN OPERADOR

Dos reportajes en un rincón del mundo

"La curiosidad del público ha llegado a ser insaciable. En cualquier lugar del mundo en que se desarrolla un acontecimiento de interés, inédito u original, quieren, no sólo conocer todos los detalles, gracias a la Prensa, sino verlos gracias a la pantalla, la una como complemento de la otra. Saber y ver: dos palabras terribles, para las que cada hora, cada segundo, en todas las latitudes, bajo los cielos abrasados de los trópicos, como a través de los inmensos páramos helados de los polos, en el mar, en los aires, los reporteros van a la busca y captura de noticias y los operadores en tras del documento.

El 12 de abril de 1927, John Dored, un reportero de «Paramount News» recibió en Riga un cable de Nueva York en el que se le ordenaba que saliera sin pérdida de tiempo para Spitzberg al encuentro de la expedición Nobile. Con la misma facilidad con que van ustedes a la calle y toman un taxi, él coge la cámara y la maleta, toma el primer tren que sale, atraviesa el golfo de Rigaentre Reval y Helsingfors, pasa a Abo, luego a Stockholm y de aquí a Oslo. Aquí se informa de los medios de comunicación de que puede disponer para efectuar su viaje. Provisto de todas las indicaciones necesarias, vuelve a tomar el tren hasta Frondhjem y luego un buque hasta Tromsø. En este puerto debe encontrar un pequeño buque, dedicado a la caza de focas, el «Mina», de sesenta toneladas, al que encontró en Oslo, se presta gustoso a llevarle hasta Spitzberg.

El 21 de abril leva anclas el «Mina» y abandona Tromsø, llegando, después de diez días de tormenta, a Port-Vert. El viaje ya estaba terminado, y ahora iba a empezar el reportaje. Oigamos al mismo Dored contar su odisea:

«De Port-Vert tuve que irme a pie a Green Harbour, donde se hallaba la estación de T. S. H. Después de haberme indicado con el dedo la dirección, el capitán me deseó una buena suerte. Su tarea había termi-

nado; no tenía ahora más que esperar mi regreso. Para recorrer una milla y media, aproximadamente, con mi aparato a la espalda, tuve que invertir lo menos tres horas. Cuando llegué a la estación, estaba completamente agotado. Wilkins, que había sido prevenido de antemano de mi llegada a Spitzberg, me esperaba. El radiotelegrafista me entregó dos radiogramas en los que se me pedía que hiciera una entrevista con el capitán Wilkins y luego que volviera a Noruega lo más pronto posible.

Desde que le hablé de mi misión, Wilkins me declaró que no le era posible acceder a mi deseo, ya que así lo había tratado con otro competidor mío. Y luego, añadió:—«Evidentemente, yo no puedo impedir el que usted me filme; pero consítele que no pienso hacer absolutamente nada para facilitar su trabajo». —En ese caso—le dije—con facilidad o sin ella yo cumpliré mi cometido. La tarea será un poco más dura, pero yo obtendré un precioso documento. Wilkins me estrechó la mano y me dejó solo con mi resolución.

Estas múltiples idas y vueltas me habían costado más de dieciocho horas de marcha para recorrer alrededor de diez millas por un terreno cubierto por una espesa capa de nieve. Volví a partir de buena mañana. En el reposo, no había ni que pensar; el que se detiene o se duerme en estos parajes, es hombre muerto. La ley del Norte es caminar, y más caminar, sin descanso. Andaba, pues, y mientras esto hacía, iba combinando un plan. Oculto en una cabaña próxima a la estación pasaba horas enteras al acecho de Wilkins, observando sus raras salidas. Con el teleobjetivo conseguí filmarlo muchas veces, pero eso no era suficiente. Durante este tiempo mi competidor hacía lo que quería, lo que me enardecía sobre manera. La partida, sin embargo, no había terminado, quedaba todavía la «carrera de vuelta», que quizás me procurase ventajas y hasta el honor de llegar el primero. Durante el mismo tiempo el dirigible «Italia» había llegado a King's Bay. La misión era doble y no ha-

bía más remedio que hacerle frente.

Mientras yo intentaba «cazar» a Wilkins, el «Mina», arrastrado por los hielos, se alejaba lentamente. No volvió más que al cabo de cinco días el tiempo preciso para permitirme alcanzar King's Bay, donde debía tomar las primeras «fotos» de Nobile en Spitzberg. En seguida me embarqué en el «steamer» «Hobby» puesto al servicio del general Nobile desde marzo y que volvía a Noruega. El 10 de mayo, el buque no había llevado anclas todavía. Cuál sería mi asombro al ver a lo lejos a un hombre, que a través de la nieve se dirigía hacia nosotros. Era Wilkins que venía a solicitar del comandante del «Hobby» que le tomara a bordo con su piloto Eielson y su avión. El comandante aceptó. Durante la visita de Wilkins y Eielson a bordo, no perdí el tiempo; gracias a mi teleobjetivo y a unas cuantas estratagemas, obtuve «planos» satisfactorios de Wilkins. La suerte me sonreía, por fin. El mismo día, 10 de mayo, a las 10 h. 30 de la mañana, Wilkins, habiendo encontrado un lugar favorable para despegar, abandonaba Advent Bay, tomando resueltamente la dirección norte. Registré como es natural esta partida y al avión remontando las maravillosas montañas de nieve que circundan a Advent Bay.

Un poco antes de medianoche, Wilkins volvía después de haber volado por encima del círculo polar.

«Poco después, el avión era izado al puente del «Hobby», donde con toda tranquilidad pude dar las últimas vueltas a la manivela, proporcionando al mismo Wilkins ciertos documentos únicos sobre su magnífico vuelo de Pointe Barrow a Spitzberg.

»Quedaba todavía «el viaje de vuelta» como le llamaba John Dored. Lucha verdadera con el tiempo en la que era preciso ingeniárselas para llegar antes que el colega competidor a Nueva York. Empleando toda clase de estratagemas, utilizando buques, barcas de remo, automóviles, trenes y aviones, Dored llegó por fin a París, donde algunas horas después, adquirió la certidumbre, de que le lleva-

ba una gran delantera a su rival. El 25 de mayo, las cajas que contenían el precioso negativo, llegaban a Nueva York, habiendo recorrido la enorme distancia de Spitzberg a Nueva York en treinta días y cinco horas, y la misma noche, una edición especial del film, tirada a más de doscientas copias, se proyectaba en las pantallas newyorkinas, y antes de abandonar París, para volver de nuevo al polo a buscar a Nobile, Dored tenía la satisfacción recibir el cable siguiente que le enviaba Emmanuel Coheu, director de «Paramount News»:

«Felicítote entusiasmo. Interviu firmada Wilkins produjo sensación».

Olvidando todas las penalidades pasadas, Dored volvió a las regiones árticas con alegría y confianza.

Escuchemos lo que nos dice; todas las peripecias de su segundo viaje.

«Debía obrar con mucha precaución, porque si mis competidores hubieran descubierto mis proyectos, hubieran tratado de ponerme todo género de trabas para hacerme fracasar».

Vivíamos en la misma habitación, en el hospital de una compañía carbonera de King's Bay y sólo Dios sabe los equilibrios y combinaciones que tuve que hacer para anular la vigilancia de aquellos compañeros y poderme ir a bordo de «Citta di Milano» a fin de obtener la autorización de embarcar en el «Braganza».

El día en que el navío creyó haber llegado al punto deseado fué, el en que se perdieron Amundsen, Guilbaud y sus valientes compañeros en las inmensidades inhospitalarias del Océano glacial ártico.

El comandante del «Braganza» después de haber puesto al corriente, por telegrafía sin hilos, de la situación al comandante del «Citta di Milano» recibió de éste último la orden de volver.

Con la desesperación en el alma ve Dored que el destino cruel se ceba en él. Además, el «Braganza» está bloqueado por los hielos, poco después de haber doblado el Cabo Norte y las Siete Islas. Dored, sin embargo, sabe que el general Nobile ha sido encontrado y que se halla a bordo del «Citta di Milano». Inmovilizado en los hielos, prisionero del ártico, Dored se desahoga filmando el avión de Magdalena que ha pasado dos veces consecutivas sobre él, en dirección al campamento de Nobile. La radio viene a torturarlo de nuevo. Por fin el 2 de julio de 1927, el «Braganza» puede salir de entre los hielos consiguiendo ganar Virge Bay. A penas llega allí cuando Dored va a ver

BIOGRAFÍAS PAUL L. STEIN

Paul L. Stein, que ha alcanzado las cumbres de la fama, en virtud de su actividad en el megáfono, en los Estudios europeos y americanos, es austriaco de nacimiento, siendo natural de Viena.

Su padre, Emil Stein, era un actor de gran reputación en Austria y Alemania, y es natural que Paul Stein estudiase la declamación.

Su primera educación la recibió en Viena, dividiendo su tiempo entre la escuela y el teatro, donde su padre trabajaba.

Cuando tenía 17 años, había ya revelado tales aptitudes para el arte teatral, que su padre obtuvo para él un contrato de Max Reinhardt en Berlín.

Durante tres años, trabajó en la compañía Reinhardt, en el Deustches Theatre, en Berlín, especializándose en los papeles cómicos de las obras de Shakespeare y trabajando bastante tiempo con Rudolph Schildkraut.

Mientras permaneció en Berlín y habiéndose interesado por las películas, escribió y dirigió varias comedias de dos rollos para el Bioscope. Al volver a Viena, se dedicó de nuevo al teatro, siendo director de escena durante varios años, produciendo las obras de Shakespeare y drama moderno, en el German Volks Theatre.

Durante este tiempo dirigió a Rudolph Schildkraut en «El mercader de Venecia».

al comandante del «Citta di Milano» para obtener la autorización de filmar a Nobile. Espera la respuesta durante más de una hora. Esta es favorable; Nobile acepta dejarse fotografiar.

En esto, los dos corresponsales de «Pathe News» e «Internacional News» solicitan el mismo favor, pero ya el asunto del «Italia» ha tomado otra orientación y ven con amargura como les niegan toda autorización. En el tren que conduce a Nobile hacia el sur Dored encuentra todavía el medio de tomar unas vistas de Nobile entre Marvick y Stokhohu. Su misión está cumplida; sus dos reportajes en un rincón del mundo están hechos.

Para que pudiera apreciar las dificultades sin cuento con que tropezó, Dored me cuenta la siguiente historia a modo de conclusión:

«Era en King's Bay. El radiotelegrafista acababa de recibir un despacho urgente para un buque que se hallaba anclado a cien metros escasos de la estación. Durante ese corto trayecto, fué sorprendido a la vuelta por una horrorosa tempestad

Al volver a Berlín, después de la guerra, ingresó en la UFA como escritor y director.

Entre las producciones filmadas bajo su dirección, citaremos «Camila», por Pola Negri y «The Red Peacock», también por la misma artista, que fué muy bien recibido por el público.

El mismo director, que llegó a conocerse como el mejor director para mujeres del Continente, dirigió también a Mady Christians y Lya de Putty. Durante el invierno, Stein dirigió opereta y escribió historias cortas y obras teatrales y antes de dejar la UFA, era ya productor asociado de esta compañía.

El que Stein se marchase a América, fué resultado de un encuentro con Gus Schessinger, de Nueva York, que llegó a ser un admirador de sus películas e interesó a Warner Brothers en el trabajo del célebre director austriaco.

Harry Warner, después de una película de Stein en Londres, se fué a Berlín y persuadió a este director a que le firmara un contrato.

Stein llegó a Hollywood en 1926, donde dirigió varias películas para Warner Brothers.

Ahora, Stein ha sido contratado para dirigir el diálogo de la nueva película de Gloria Swanson, para Los Artistas Asociados, «La Reina Que- lly».

de nieve, que en pocos minutos llenó las profundas anfractuosidades dejando el terreno llano. Confiado en su conocimiento del terreno, el hombre lucha contra la borrasca para ganar de nuevo la estación. Ya está a punto de llegar cuando súbitamente desaparece; cae en una grieta del terreno, llena de nieve blanda. Cuatro meses después le encontramos completamente intacto.»

Dored me ha contado todo eso con los ojos fijos en un horizonte misterioso... luego como remate, dice: «¡Eso es todo!»

Nunca creí que una frase tan corta pudiera tener tan amplio significado. Resumía todo lo ignorado de las regiones árticas con una brutalidad dolorosa. «¡Eso es todo!»

Así es el alma de estos hombres intrépidos que van a través del mundo para satisfacer la insaciable curiosidad humana, y de los cuales, dos, Joe Rucker y Williard Vander Veer, están actualmente con el comandante Byrd en el polo Sur, firmando su gloriosa expedición.

R. HERVOUIN

OPINIONES DE "STAR"

Confesiones de Renée Adorée

¿Qué si he reflexionado sobre las diferencias psicológicas que existen entre francesas y americanas? ¿Qué les dé mi opinión? No, a fe mía. Pondrían ustedes en mi boca un cúmulo de cosas, en las que ni me habría ocurrido ni pensar.

Los grandes ojos de Renée Adorée brillaron intensamente y sus espaldas hicieron un movimiento elocuente. Es preciso añadir, que las espaldas de Renée son asombrosamente expresivas y saben manifestar la cólera, la alegría y la sorpresa con tonalidades infinitamente sutiles.

—La sutilidad es, por otra parte, una cualidad esencialmente francesa, —dice sonriendo— y que los americanos no poseen en absoluto. No obstante, ellos son siempre los primeros porque se despachan a fuerza de correr sin descanso. En Francia, la vida es más tranquila, más lenta. Mientras se es joven todo sale a pedir de boca, pensando que hay mucha vida por delante, mucho camino a recorrer. Más tarde, cuando uno quiere darse cuenta ya no hay remedio.

«Es verdad que las mujeres de aquí tienen una resistencia extraordinaria. Trabajan todo el día y bailan buena parte de la noche. La francesa es mucho más delicada, se fatiga más, no obstante haber probado durante la guerra que sabía estar a la altura de las circunstancias.»

«Lo que más asombra es la libertad de que aquí gozan las jóvenes. Así se explica que sepan desde muy niñas lo que quieren y, el medio de obtenerlo. Los hombres no tienen más que inclinarse. Ellas dicen: Dadme esto, dadme lo otro, hacéd esto, hacéd lo otro. ¡Deprisa, vivol!»

Renée Adorée unía la acción a la palabra, sus dedos chasquearon y sus ojos tomaron una expresión autoritaria.

—¡Ya ve usted, ya he cogido la entonación! — dijo y una alegre sonrisa iluminó su rostro.

—Al principio estaba asustada. Iba a las reuniones y veía, a las jóvenes mandar y obedecer a los hombres. En Francia, las cosas no son así. El hombre es el que guía y la mujer quien sigue. Claro, que ésta encuentra el medio de no hacer más que

lo que quiere, pero se conduce para conseguirlo de un modo diferente... con más delicadeza. Desde muchas generaciones, hemos cultivado el arte de agradar, de fascinar, y tratamos por todos los medios, de hacer creer a los hombres que nuestro deseo es realmente su voluntad. Nuestros compañeros están dispuestos, para seducirnos, a ofrecernos el mundo entero. Ellos son los que dan, nosotras aceptamos. Creo que si nos limitáramos a pedir, el choque con nuestro complemento, o «pertenaire» de la vida, sería fatal.

De nuevo la risa de Renée se desgranó en notas cristalinas.

—Voy a ponerle un ejemplo: Una mujer espera a un amigo que la ha de llevar al teatro. El amigo por causas que no es preciso mentar, no va. Ella espera, hasta que por fin llega... a penas si manifestará su fastidio por la tardanza; cuando más, le recibirá con un poco de frialdad...

«¡Aquí, cuando el señor llega, se enterará de que la dama se ha ido con amigo!...»

«Cuando llegué aquí era muy reservada. Esperaba que vinieran a mí, Nadie se acercaba. Estaba como si dijéramos en un rincón, olvidada y me sentía muy desgraciada y hasta extraña. Mamá que es muy lista, me dijo: «Renée, eres una tontuela. No estás en Francia y por lo tanto es preciso que aprendas a conducirte a la usanza americana, y puesto que tanto te gusta este país, mejor para tener éxito. Mira lo que hacen las otras jóvenes y procura imitarlas.»

«Y eso hice: Pronto aprendí a decir: Dadme, dadme, dadme...» y cosa curiosa, en seguida obtuve lo que deseaba.

«No obstante, usted sabe que soy francesa. El prestigio de una extranjera es innegable que ejerce una atracción irresistible en el público. La novedad, quizá. De todos modos, yo me he americanizado inconscientemente, lo que me permite ser un poco de los dos países, y muy dichosa.»

«¿América? Para una joven ambiciosa que quiera crearse un porvenir y ganar dinero, es el paraíso—continúa Renée con calor.

En Francia, antes de la guerra, únicamente en el teatro podía una

mujer tener esperanzas de ganarse la vida. Hoy es diferente; muchas carreras se abren ante la mujer, bien que tenga que tropezar con los celos de los hombres que ven disgustados cómo sus dulces compañeras invaden los dominios que hasta hace poco fueron de su exclusividad.

«¿Puede usted decirme por qué motivo la «vamp» ha de ser siempre francesa? Dios sabe que los hombres aquí son poco tolerantes con la conducta. La esposa y la hija son casi siempre modelos de virtud. Pues bien, en los films, la francesa es siempre la aventurera. Esto es vergonzosamente injusto.

«El matrimonio? Creo que en todos los países, las jóvenes deben tener los mismos puntos de vista sobre esta cuestión; aunque no conozco suficientemente a las americanas para permitirme juzgarlas. Para la joven francesa, el matrimonio es lo más importante de su vida. Toda una educación la prepara para ello, y el divorcio es raro, porque la mujer atiende con preferencia al hogar y a los hijos.

Renée Adorée se interrumpió de pronto y fijó en mí sus grandes y maravillosos ojos animados de un extraño fuego:

—¡Y yo que había jurado no decirle nada! Hace una hora que estoy hablando sin descanso. Prométame al menos que no repetirá lo que acabo de decirle.

M. G.

«EVANGELINA»

Finis Fox, célebre autor de argumentos cinematográficos, adaptó a la pantalla «Evangelina», que actualmente produce Edwin Carewe, para Los Artistas Asociados, con Dolores del Río como principal estrella.

Fox adaptó también a la pantalla «Ramona» y «Venganza» ambas interpretadas también por Dolores del Río.

Mr. Fox recibe muchas felicitaciones por su trabajo, y la crítica de Hollywood la proclama como una de las mejores que se han hecho.